

1.º de mayo.

Dulce amiga.

Si, Ruth. Te escribo el 1.º de mayo porque son ya las 2 de la mañana. Mi pereza, de la cual no se como tienes noticia, me ha hecho desperdiciar todo el día. Soy muy ocioso. ¿Querrás creer que aún no se comienza a trabajar mi libro de versos porque yo no he arreglado una cuestión de papel, formato, volumen y otros detalles? Hoy debía haberte contestado y escrito un artículo (tengo hoy sin fijarme). Me preguntaba cual cosa haría primero y no me decidía. Buslé el artículo no quedo a la Prensa. Y a esta hora resuelvo contestarte.

Creíme que no tengo retrato. Un día en la imprenta, cuando me hizo uno. Cuando me mostro el primer ejemplar le dije que me pareció muy malo. Y lo di al director de Lulu, que era entonces amigo mio, para su periódico. Cualquiera día de estos me retratare para enviarte un ejemplar.

Tambien me sorprendió tu presencia en el cine. Yo estuve allí porque siempre que falta teatro me resiguo a concurrir.

a las venenoth. Los dramas de los filmes son malos y vulgares, pero alguna vez se sustraen a esta regla, aunque triunfe el amor. ¿Porqué hablas así del amor? Es injusta. El amor es la única cosa que vale la vida. Porque es la fuente eterna del dolor y no hay mayor placer que el del dolor que aceptamos, buscamos y queremos. Las gaites que van al amor saben todas como es fuente de amarguras. No obstante lo ansian. Mis ideas de egoismos también me hacen pensar contra el amor, pero estoy convencido de que no es la cabeza la que norma nuestra vida sino el corazón. Y en mí siempre triunfa el sentimental sobre el cerebral. Cuando se tiene 16 años y se quiere ser fuerte, es posible decir lo que tú dices. Mas tarde no. ¡Y con cuánta satisfacción se claudica! No es el amor "un chicle de cabellos rutilos que cualquiera vence." No. El siempre es el vencedor. ¿No se puede prescindir de él? No. Con placer le damos hospitalidad si llama a nuestra puerta. Nunca se dejamos partir. "La humanidad sin el amor no sería casta, noble y santa." Piensa que hasta los ascetas satisfacer su sed de amar en el arrollo engañoso de su misticismo. Tú juzgas estas cosas a través de los libros. Cuando se vive

un poco se aprende que los libros no enseñan nada de la vida. Y si los libros y el cerebro en que se plasmaron sus ideas, te dictan tales palabras, creí Ruth que aún eres ignorante de muchas cosas. Para mi arte y para mi vida los libros no me han servido nunca. "Y solo escribo un verso cuando antes lo he vivido" que dijo Chocano.

¿Eres germanófila? Bueno. Yo se admirar a los alemanes, pero no se quieren. Se que ganarán la guerra, pero no sabre aceptarlo. Lo creere uno de esos sucesos inexorables, fatales.

Es cierto Ruth. No me importa el publico. Nunca me importa. No me acuso de haber escrito una sola pagina artistica pensando si gustara o no. Mira. Algunas veces he escrito algo "manufacturado" con habilidad de profesional solamente. Despues he visto que a todos les gustaba y he oido que sinceramente lo decian. Yo me he reido. Otras veces he escrito lo con amor, en verdad. Muchos me han preguntado "que extravagancia he publicado." Heare dos años y medio escribia apenas. Era aunque mas jovenuelo muy orgulloso. Por los jóvenes que entonces tenian reputacion yo pensaba: "Todos estos son muy malos, mas malos que yo." Y no escribia sino de raro en

raro. Mi soberbia era tanta que cuando
leía mis artículos me decía: "¿Para qué
escribo si no puedo superarlos inmensamen-
te, como yo querría? No quiero su altura."
Nunca leí a nadie mis artículos. Nunca pedí
un consejo. Mas tarde reaccioné un poco.
Sentí los halagos del aplauso y me convení
de que para llegar era preciso hacerse
camino. Hoy cuando oigo a esos escritores
jóvenes decirme: "Nosotros. Nuestra generación,"
les contestaría: "¿Nosotros? ¡No! Ustedes inde-
pendientes de mí. ¡Yo, solo!" Mas tarde, repito,
reaccioné. Y mira, Ruth, fue la vanidad
de una muchacha la que me indujo. La
vanidad de las mujeres es siempre mucho
mayor que la de los hombres. Y yo tuve que
buscar el aplauso para que el llegara
a la frívola, a la orgullosa que me imponía
el trabajo y el esfuerzo. Después, ha ouelto
la abulia, la indolencia, el dulce deseo de
no hacer nada. La vida y la fama no
valen una neurastenia. ¡Marianita! ¿Quién sabe?
Estas confidencias — no las he hecho a
nadie porque no las entenderían, — van a
buscar refugio en tu porque eres buena,
a propósito de tu reproche a mi orgullo.

¿Mi tristeza? Es muy tarde y tendría
que ser muy largo para hablarte de
ella. Basta por hoy de confidencias. Pres-
cindir de la Underwood me causa mucho.
No se escriba sin ella.

Está bien la precaución de la tetra de
los sobres. O mejor emplea alternati-
vamente las dos tetras, para que no
se observe la continuidad de las cartas.

Ya no puedo escribirte más. Me he
causado porque las líneas anteriores las
he escrito muy de prisa, nerviosamente.

Adios. Hasta muy pronto. Sé buena. Perdo-
name. Dime muchas cosas. Las leo con placer.
Me consuelan. Te recuerdo. ¿Te escribo claro? No
sé. Es ya tarde. Estoy triste. Adios.

Juan